

CIDE HAMETE BENENGELI Y LA CONCIENCIA DE LA HISTORIA EN AL MORIR DON QUIJOTE DE ANDRÉS TRAPIELLO

SANTIAGO LÓPEZ NAVIA

Universidad Internacional de La Rioja
y Universidad Internacional SEK (Santiago de Chile)

RESUMEN:

La novela *Al morir don Quijote* de Andrés Trapiello (2004) es una continuación conservadora del *Quijote* de Miguel de Cervantes en la que los personajes siguen siendo conscientes de formar parte de una historia que sigue escribiéndose más allá del tiempo y las aventuras de la segunda parte de la obra original. El juego metaliterario de la recreación de Trapiello se completa con la constancia de la publicación del *Quijote* de 1605, la espera y posterior publicación del *Quijote* de 1615 y la permanente dialéctica entre el original de Cervantes y la intromisión de Avellaneda.

PALABRAS CLAVE:

Quijote, continuaciones del *Quijote*, recreación literaria, Cervantes, Avellaneda, Trapiello, *Al morir don Quijote*.

ABSTRACT:

Al morir don Quijote, a roman published by Andrés Trapiello in 2004, is a conservative sequel of Cervantes's *Don Quixote* in which the characters are fully aware of them being part of a story which is being written beyond the time and the adventures of *Don Quixote*'s second part. Trapiello's metaliterary game is completed with the evidence of the publication of *Don Quixote*'s first part, the expectation and later publication of his second part, and the permanent dialectics between Cervantes's original creation and the Avellaneda's interference.

KEY WORDS:

Don Quixote, *Don Quixote*'s sequels, literary recreation, Cervantes, Avellaneda, Trapiello, *Al morir don Quijote*.

1. En la estela de don Quijote

Que Cervantes y el *Quijote* son una constante en el quehacer literario de Andrés Trapiello lo demuestran, entre otros aspectos de su actividad,¹ las tres obras que ha

¹ La actitud y la actividad de Trapiello con respecto a Cervantes y el *Quijote* quedan perfectamente reflejadas en la entrevista que le hizo Tomás Val en el número especial que publicó la revista *Leer* con motivo del cuarto centenario de la primera parte de la novela de Cervantes (*Leer*, año XX, núm. 158, diciembre 2004-enero 2005, págs. 194-197). Muy poco después de cerrar este artículo, Trapiello añade a sus valiosas aportaciones al cervantismo la versión del *Quijote* al castellano actual (Barcelona, Destino, 2015).

dedicado al autor y a su principal novela desde 1993 hasta 2014. Once años después de publicar *Las vidas de Miguel de Cervantes*² y diez antes de *El final de Sancho Panza y otras suertes*,³ *Al morir don Quijote*⁴ vuelve por los pasos de los muchos autores que a lo largo de cuatro siglos han recreado la obra original.

La continuación de Trapiello, cuyos treinta y siete capítulos arrancan desde el mismo momento de la muerte de don Quijote, reparte el protagonismo entre cuatro personajes, alguno de los cuales se nos revela, por fin, con su nombre. Es el caso de Quiteria, el ama, que comparte su importancia en la novela con Sancho Panza, el bachiller Sansón Carrasco, y Antonia, la sobrina de don Quijote. Las circunstancias y sentimientos de estos cuatro personajes, reivindicadores de la huella profunda de don Quijote de la Mancha, son determinantes en la trama. Sabemos, así, que el ama Quiteria, que se reconciliará finalmente con una Antonia hasta entonces distante y displicente, estaba enamorada de su señor, y sabemos también de las abyectas ambiciones de Juan Cebadón – el mozo que conocemos desde el primer capítulo del *Quijote* –, que asedia a la confusa Antonia hasta el punto de seducirla y dejarla embarazada sin desestimar, al servicio de sus pretensiones, ni el chantaje ni la amenaza que pesan sobre la honra de la sobrina de Alonso Quijano. El conflicto sentimental de Antonia se acentúa porque, por si fuera poco, su frágil posición se encuentra también sometida a las pretensiones lascivas del escribano De Mal, y además está enamorada de Sansón Carrasco, en quien hace descansar sus esperanzas de zafarse del acoso de Juan. Finalmente se casará con el bachiller, que deja sus hábitos, con las negativas consecuencias que esta boda, como veremos, trae para su patrimonio.

Al lado de los tres personajes anteriores, brilla con luz propia Sancho Panza, totalmente transformado y significativamente letraherido, que aprende a leer de la mano de Sansón Carrasco para poder conocer su propia historia, a cuya lectura reveladora se enfrenta con dolor. En medio de las peripecias definidas por esta línea argumental, reaparecen los duques, que viajan al pueblo de don Quijote con un séquito desmesurado (elefante incluido), movidos por el único deseo de proseguir con sus burlas, ignorantes de la muerte de don Quijote, y finalmente escarmentados por Sansón Carrasco. Reaparece también el pícaro Ginés de Pasamonte, que ahora ha adoptado la falsa identidad de un tal don Santiago de Mansilla y que se ha casado con la mismísima Aldonza Lorenzo, a quien acaba abandonando a su suerte cuando es desenmascarado y se descubre su intención de vivir explotando la memoria y la fama de don Quijote. Finalmente, Sancho Panza y Sansón Carrasco viajan a Madrid

² Andrés Trapiello, *Las vidas de Miguel de Cervantes*, Barcelona, Ediciones Destino, 1993.

³ Andrés Trapiello, *El final de Sancho Panza y otras suertes*, Barcelona, Ediciones Destino, 2014.

⁴ Andrés Trapiello, *Al morir don Quijote*, Barcelona, Ediciones Destino, 2004. Esta es la edición que emplearemos en el presente artículo.

para entregar a Catalina de Salazar, la viuda de Cervantes, doscientos setenta ducados, y se proponen partir a las Indias junto a Quiteria y Antonia, irremediamente desheredada por su tío, que había dejado claramente dispuesto en su testamento que lo perdería todo si se casaba con alguien que tuviese la menor relación con los libros de caballerías.

De acuerdo con mi propuesta de clasificación, *Al morir don Quijote* se adscribe a las continuaciones que yo denomino ortodoxas o conservadoras,⁵ que son las posteriores a las aventuras de los protagonistas narradas en el *Quijote* de 1615, en las que se cumple la voluntad que Cide Hamete Benengeli expresa en el capítulo II, 74 de la obra original en el sentido de que respetan la muerte de don Quijote de la Mancha y son protagonizadas por otros personajes que siguen su estela. Además de formar parte de este grupo de continuaciones, esta novela conforma una unidad en toda regla con *El final de Sancho Panza y otras suertes*, la última obra narrativa de temática cervantina publicada por Andrés Trapiello a tiempo de escribir este trabajo, que es a la vez continuación natural de *Al morir don Quijote*⁶.

Hasta donde a mí me consta, no hay ninguna obra de este grupo de continuaciones de la narrativa hispánica⁷ anterior a la publicación de las *Adiciones* de Delgado (1786),⁸ en las que Sancho Panza toma el relevo de su amo como protagonista. De

⁵ Vid. Santiago López Navia, *La ficción autorial en el Quijote y en sus continuaciones e imitaciones*, Madrid, Universidad Europea de Madrid-CEES Ediciones, 1996, pág. 155.

⁶ En un próximo trabajo me propongo estudiar en *El final de Sancho y otras suertes* los mismos elementos del aparato pseudohistórico y pseudoautorial que trato en el presente artículo a propósito de *Al morir don Quijote*.

⁷ Digo deliberadamente de la narrativa hispánica porque, gracias a las investigaciones de Carmen Rivero Iglesias, conocemos de una continuación alemana de las andanzas de Sancho Panza tras la muerte de don Quijote anterior a la española de Jacinto María Delgado. Se trata de *Antons Pansa von Mancha Abhandlungen von Sprüchwörtern, wie solche zu verstehen und zu gebrauchen sind* de Gottlieb Wilhelm Rabener (Lepzig, im Verlage Johann Gottfried Dycks, 1775; vid. Carmen Rivero Iglesias, *La recepción e interpretación del Quijote en la Alemania del siglo XVIII*, Ciudad Real, Ayuntamiento de Argamasilla de Alba, 2010, Colección Casasayas nº 1, págs. 296-298). Según plantea Rafael Bonilla Cerezo en el artículo-reseña que dedica a la obra de Rivero, el protagonista de la recreación de Rabener se convierte precisamente en «tatarabuelo de experimentos más modernos –y premiados– como *Al morir don Quijote* (2005) de Andrés Trapiello, novela que profundiza sobre el destino de unos seres dignos de su propia vida, de su propia ficción: amigos, ama, sobrina y Sancho permanecieron al pie de don Quijote en su lecho de muerte y en absoluto resultan agotados como figuras novelescas» (Rafael Bonilla Cerezo, «Don Quijote en el país de los Nibelungos (1700-1800)», *Criticón*, núm. 113, 2011, págs. 153-166). No descarto que haya también obras como la de Rabener en otras literaturas y agradeceré la pista a los colegas que estudian las recreaciones del *Quijote* más allá del ámbito hispánico.

⁸ Jacinto María Delgado, *Adiciones a la historia del Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha, en que se prosiguen los sucesos ocurridos a su escudero el famoso Sancho Panza, escritas en arábigo por Cide Hamete Benengeli, y traducidas al castellano con las memorias de la vida de este por D...*,

acuerdo con lo que es propio en este tipo de continuaciones, y según propone Javier Pardo García, la recreación de Trapiello, al igual que la de Robin Chapman⁹, *revisa* el texto de Cervantes pero no lo *revisiona*:

Trapiello y Chapman complementan o expanden homodiegéticamente el universo qui-jotesco arrojando nueva luz sobre sus personajes y episodios (sobre todo secundarios: la sobrina y el bachiller en el caso del primero, la duquesa, Ginés de Pasamonte, el barbero o incluso Rocinante y el rucio en el caso del segundo), lo comentan críticamente en un ejercicio metatextual [...], pero no lo desafían o refutan.¹⁰

A lo largo de toda la recreación de Trapiello se hace presente la conciencia de la historia de los personajes, sabedores en su momento de la publicación de la primera parte de la obra original, expectantes y después lectores de la segunda y resentidos por la incómoda existencia del *Quijote* de Avellaneda, frente al cual, y entre otras

Madrid, en la imprenta de Blas Román, 1786. Esta recreación tendrá una especial presencia, como veremos, en *El final de Sancho Panza y otras suertes*, en donde se citará para determinar la verdadera identidad de Cide Hamete Benengeli. En la misma línea, y a finales del mismo siglo, Pedro Gatell publica la *Historia del más famoso escudero Sancho Panza, desde la gloriosa muerte de don Quijote de la Mancha hasta el último día y postrera hora de su vida* (sus dos partes se publican respectivamente en Madrid, Imprenta Real, 1703, e imprenta de Villalpando, 1798). Hasta el principio del siglo XX, y tras un siglo XIX especialmente fecundo en imitaciones del *Quijote*, no encontramos una nueva continuación conservadora protagonizada por alguno de los personajes principales de la novela original. Así, en 1901 nos reencontramos con el bachiller Sansón Carrasco protagonizando la *Historia de varios sucesos ocurridos en la aldea después de la muerte del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, de José Abaurre y Mesa (Madrid, sucesores de Rivadeneyra, 1901). En 1940, Sancho Panza retoma el protagonismo en el *Anti-Quijote* de Tomás Borrás (Madrid, suplemento literario de la revista *Vértice*, septiembre de 1940), en la que, a diferencia de las anteriores, hay un momento menor de ruptura de la línea conservadora con la aparición del fantasma de don Quijote, venido del más allá para vapulear a maese Nicolás, el incrédulo barbero que le recuerda constantemente a Sancho Panza el error de volver por donde solía su amo. Esta línea se cierra por ahora con *El final de Sancho Panza y otras suertes* del mismo Trapiello, que define un sistema literario de especial relevancia intertextual con *Al morir don Quijote*, además del *Quijote* cervantino y alguna de sus recreaciones, especialmente el *Quijote* de Avellaneda.

⁹ Pardo se refiere a la trilogía de recreaciones narrativas dedicadas por el novelista inglés Robin Chapman a Cervantes y el *Quijote*: *The Duchess's Diary* (Londres, Boudicca Books, 1980; la traducción española, *El diario de la duquesa*, está publicada en Barcelona, Edhasa, 2005); *Sancho's Golden Age: a Sequel to Don Quixote's History* (Oxford, Aris & Phillips, 2004) y *Pasamonte's Life* (Oxford, Aris & Phillips, 2005).

¹⁰ Javier Pardo García, «Teoría y práctica de la reescritura filmoliteraria (A propósito de las reescrituras de *The Turn of the Screw*)», en José Antonio Pérez Bowie, *Reescrituras filmicas: nuevos territorios de la adaptación*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2011, págs. 44-102. El texto que citamos corresponde a la pág. 53.

funciones que detallaremos a lo largo de nuestro trabajo, la alianza entre Cide Hamete Benengeli y Cervantes se convierte en la mejor garantía de la historia legítima. Trapiello consigue así un juego basado en las licencias paradójicas de la intertextualidad, porque su recreación es posterior al tiempo literario definido por el *Quijote* de 1615 y en su narración, sin embargo, se remite constantemente, primero, a la expectativa de la aparición de la segunda parte de la obra genuina de Cervantes, y después a su contenido cuando los protagonistas de *Al morir don Quijote* tienen noticia de su publicación.

2. Cide Hamete Benengeli, completado

Queda clara desde el primer momento la condición de Benengeli como historiador fiable a cuyos oídos llegaron «la locura y las graciosas extravagancias de don Quijote», causa de que aquel las «pusiera por escrito».¹¹ En virtud de esta condición, la garantía que supone haber leído la primera parte de la historia escrita por Benengeli y Cervantes se manifiesta, por ejemplo, a tiempo de que Sansón pueda identificar la misma venta en la que don Quijote y Sancho fueron a parar tras la pelea del primero con el vizcaíno.¹² Sin embargo, a pesar de su omnisciencia, ni siquiera Cide Hamete conocerá lo que don Quijote confesó al cura Pedro Pérez, «porque todo lo enterró el secreto del sacramento».¹³ En razón del alcance de esa misma omnisciencia, al narrador de la recreación de Trapiello le resulta chocante que Benengeli no hablase en su historia original de la belleza de Antonia, la sobrina de don Quijote, teniendo en cuenta que «jamás solía pasar por alto esos detalles en las mujeres jóvenes y hermosas como la sobrina, que lo era en grado sumo».¹⁴ En un sentido muy próximo a los contextos anteriormente referidos, Sansón Carrasco toma buena nota de todos los detalles con que Antonia le refiere la deriva de su tío Alonso en los días anteriores a su primera salida, considerando su interés a pesar de que Benengeli los obviase: «El bachiller iba anotándolo todo y procuraba no perder una sola palabra, mientras decía entre dientes: «Estos pequeños detalles no los recogió la historia de Cide Hamete, por ser poco significativos, pero son justamente los que a mí me interesan. Encuentro en ellos tanta o más envidia que en los otros»».¹⁵

¹¹ Andrés Trapiello, *Al morir don Quijote*, cit., pág. 24.

¹² *Ibíd.*, pág. 194. La venta a la que se refiere el narrador es la que se refiere en *Quijote*, I, 16, siete capítulos después de I, 9, en donde concluye la pelea con el vizcaíno interrumpida al final de I, 8.

¹³ *Ibíd.*, pág. 10.

¹⁴ *Ibíd.*, pág. 50.

¹⁵ *Ibíd.*, pág. 182.

El narrador compensa estas omisiones completando los detalles que nos faltan en relación con las circunstancias de la escritura de la historia original por parte de Benengeli y las del hallazgo del manuscrito en el Alcaná de Toledo por parte de Cervantes, con quien identifica al narrador del *Quijote* que se expresa en primera persona en I, 9. Según este nuevo testimonio esclarecedor, que enriquece lo que sabemos gracias al texto del *Quijote*, las aventuras que inspiran la primera parte de la obra original ocupan dos semanas. Y aquí es donde entra Benengeli, cuya identidad de personaje queda esclarecida por el testimonio del narrador de la recreación de Trapiello cuando teje un juego intertextual que vuelve por los pasos de anteriores recreaciones que abundan en la misma indagación: «Estas gestas se propalaron en uno o dos meses por toda la comarca. Y en dos o tres meses más llegaron a conocimiento de un tal Cide Hamete Benengeli, un zapatero de Toledo muy amante de los cuentos, que las trasladó al papel por pasar el rato él y hacérselo pasar a sus amigos».¹⁶ Véase aquí una lograda licencia lúdica de Trapiello con respecto a las referencias trascendentes que en todo momento hace el protagonista del *Quijote* del sabio historiador con puntas de encantador que está a cargo de su historia,¹⁷ ahora revelado ante el lector como un humilde zapatero.

Las peripecias de la historia redactada por Benengeli no concluyen aquí, porque el zapatero-historiador cuya invención urde Trapiello muere como consecuencia de «unas fiebres furiosas que le atacaron la vejiga»,¹⁸ tras lo cual su viuda, «una cristiana llamada Casilda Seisdedos», vendió los libros y papeles de su marido no bien este fue enterrado.¹⁹ Este es el punto en donde llegamos, con las oportunas ampliaciones

¹⁶ *Ibíd.*, pág. 36. De las recreaciones del *Quijote* en las que se desarrolla el estatuto de personaje de Cide Hamete Benengeli me ocupó en *Inspiración y pretexto. Estudios sobre las recreaciones del Quijote*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2005, págs. 125-135.

¹⁷ «¡Oh tú, sabio encantador, quienquiera que seas, a quien ha de tocar ser el coronista desta peregrina historia!» (Miguel de Cervantes Saavedra, *Quijote*, I, 2. Citamos siempre el texto abreviando el título de la obra y siguiendo la edición de Martín de Riquer en Barcelona, Planeta, 1980).

¹⁸ Andrés Trapiello, *Al morir don Quijote*, cit., pág. 36.

¹⁹ Hay que hacer notar que el tratamiento lúdico de la «verdadera identidad» del historiador árabe es uno de los pocos aspectos que rompen la lograda coherencia literaria de *Al morir don Quijote* y su continuación propia, *El final de Sancho Panza y otras suertes*, en donde Cide Hamete Benengeli ya no es este zapatero ilustrado de la primera de las dos recreaciones de Trapiello, sino el protagonista de las *Memorias del esclarecido Cide Hamete Benengeli, autor celeberrimo de la historia del ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha. Recogidas por Melique Zulema, autor igualmente verdadero que arábigo*, que se incluye como un apéndice a las ya citadas *Adiciones* de Jacinto María Delgado entre las págs. 356 y 374. Así se ve desde el momento en que un tal Guillén Ramírez, que se encuentra con los protagonistas en *El final de Sancho y otras suertes*, nos dice de Cide Hamete «que nació en Máscara, villa célebre de África, y patria también de los insignes padres de Averroes y de Rasis el Menor, y que fue hijo de Muley Benengeli, sastre, y de Fátima Abenámar, planidera y barrendera de la

del narrador de la recreación de Trapiello, a lo que, según el juego que entraña la información que ahora recibimos, tan solo conocemos parcialmente por el capítulo I, 9 del *Quijote*: mientras Cervantes está comprando una pieza de seda para reconciliarse con su esposa Catalina tras su larga ausencia en Sevilla, llega a la tienda del sedero el hijo de Benengeli, que está vendiendo los cartapacios escritos en arábigo por este y cuya traducción encomienda el narrador en primera persona del comienzo de I, 9 –Cervantes según la propuesta de Trapiello– a un morisco que completa su trabajo en poco más de un mes. Gracias al narrador de *Al morir don Quijote* sabemos que Cervantes completó la historia de Benengeli con adiciones de su cosecha:

De su colete añadió Cervantes algunos episodios más que él había oído referir y que Cide Hamete o no los conocía o no había querido ponerlos o no pudo, porque se murió antes, como por ejemplo el de la liberación de Ginés de Pasamonte, y debió ser que Cide Hamete conocía a ese matachín, y sabía cómo se las gastaba, y prefirió ni en broma incluirlo en la relación general, por si acaso llegaba a sus manos publicada aquella crónica, y le buscaba las vueltas.²⁰

No se puede pedir más al juego: al igual que el narrador del *Quijote* cervantino nos da pistas en I, 16 sobre la posible filiación familiar de Benengeli con el arriero que se concierta con Maritornes en la venta para dormir con ella, el narrador de la continuación de Trapiello justifica el proceder del zapatero (que no sabio) historiador por su conocimiento personal de un personaje de la historia que él mismo escribe, y al igual que el narrador del *Quijote* sugiere al comienzo del capítulo II, 44, apelando a la intervención del traductor, que Benengeli no se atiene a la literalidad de la historia que está elaborando porque ha añadido las novelas intercaladas del *Curioso* y del *Cautivo* y deja también claro en II, 18 que el traductor mismo ha obviado detalles de la historia original aplicando sus propios criterios estilísticos en detrimento de los

mezquita» (Andrés Trapiello, *El final de Sancho Panza y otras suertes*, cit., pág. 246), fragmento que es una paráfrasis muy ajustada al primer párrafo de las *Memorias* (vid. pág. 357). Este Cide Hamete Benengeli cuya filiación se detalla en *El final de Sancho Panza...* no es zapatero, sino sastre, y tras un recorrido vital que merece interés y del que me ocupo en mi estudio ya citado (vid. supra, n. 16), no muere precisamente de las fiebres que refiere el narrador de *Al morir don Quijote*, sino muy probablemente de los achaques que le ocasionó el viaje de vuelta a África tras despedirse de los mismos duques que se burlaron de don Quijote en la segunda parte, a cuyo servicio estuvo una buena temporada (vid. *Memorias*, pág. 373).

²⁰ Andrés Trapiello, *Al morir don Quijote*, cit., pág. 38.

del mismo Cide Hamete,²¹ el narrador de Trapiello atribuye a Cervantes elementos ajenos a la historia escrita por el mismo Benengeli.

En este mismo juego de atribuciones, ya publicado y leído por Sansón Carrasco en el *Quijote* de 1615, y en el momento en que especula con la poca simpatía que los duques pudieron haber concitado tanto en Carrasco como en los responsables de la historia, el narrador desvela con toda lógica intratextual las claves autoriales de la segunda parte de la obra original:

El propio Sansón Carrasco se dio perfecta cuenta de que aquellos duques tampoco debieron de serle muy simpáticos ni a Cide Hamete ni a Cervantes, porque ni uno ni otro revelaron el nombre de señores tan importantes. Aunque, cabe añadir al paso, que Cide Hamete malamente pudo revelarlo ni aun escribir esa segunda parte, porque llevaba muerto más de ocho meses, y debió de ser que Cervantes, que como muchos otros esperaba después de la primera la segunda parte, decidió seguir atribuyendo al moro el resto de la historia, para no meterse en más jardines y seguir la unidad de la obra, y así si la primera parte se la debemos enteramente a Cide Hamete, la segunda, que también se le atribuye, solo pudo ser de Cervantes.²²

El mismo Sancho, comprensiblemente afectado por cuanto ha leído en la segunda parte de la historia original, y muy especialmente por la reprochable conducta de los duques, coincide con Sansón al interpretar las razones que movieron a los historiadores a silenciar sus nombres «por no manchar la crónica de un hombre tan valeroso y bueno como fue don Quijote».²³

3. Cide Hamete Benengeli, celebrado y también cuestionado

Los personajes ponen en evidencia los buenos oficios de Cide Hamete Benengeli como historiador en paralelo con los del mismo Cervantes. Así lo hace, por ejemplo, el académico maese Nicolás: «Y si yo contara [...] con la suerte de tener para mí un historiador escrupuloso como Cide Hamete o uno tan clemente como Cervantes, les daría carta blanca para que hiciesen y dijiesen de mi vida lo que quisieran, no menos-

²¹ «Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de don Diego, pintándonos en ella lo que contiene una casa de un caballero labrador y rico; pero al traductor desta historia le pareció pasar estas y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venían bien con el propósito principal de la historia».

²² Andrés Trapiello, *Al morir don Quijote*, cit., pág. 353.

²³ *Ibíd.*, pág. 374.

cabando la honra, porque en el haberlo dicho bien estaría ya la verdad que uno, como académico, ha buscado siempre».²⁴ Lo acabado y completo de su trabajo como historiador, al lado de la autoridad del mismo Cervantes y de don Quijote, es la referencia que emplea el narrador para comparar el aquilatado conocimiento que acreditaban los caballeros que se alojaban en la venta acerca de las aventuras de este, «de cuya vida parecían conocer pelos y señales, más y mejor que el propio don Quijote, Cide Hamete y Cervantes juntos».²⁵

No siempre, sin embargo, se habla con aprecio de la tarea emprendida por los responsables de difundir la historia de don Quijote. El ama Quiteria, por ejemplo, lamenta la actitud y las intenciones de «historiadores más sandios que él [don Quijote], a quienes no ha importado alcanzar renombre a costa del nombre de mi amo».²⁶ Más equilibrado en sus apreciaciones sobre la labor conjunta de Benengeli, el traductor y Cervantes resulta ser el mismo don Quijote, tal como se comprueba por el valiosísimo hallazgo, por parte de Sansón Carrasco, de un ejemplar de la primera parte de la obra original anotado de puño y letra de su protagonista, que expresa en su peculiar estilo de caballero medieval «sus impresiones, interjecciones, desacuerdos o parabienes al autor, traductor y recopilador de su historia. Abundaban los “¡Voto a Bríos, que el historiador ha estado en este pasaje muy puntual y verdadero!” [...], pero también los “¡Cuán engañado estáis, señor cronista, en este paso!”, los “Muy ligero andáis, me parece a mí, moro marfuz”».²⁷

El tejido intertextual urdido por Trapiello es, de esta forma, todo un ejemplo de acertada reelaboración del juego que ya despliega Cervantes. Recordemos que el narrador no tiene empacho en sembrar las dudas acerca de la credibilidad de Benengeli desde el momento de su aparición en el capítulo I, 9: «Si a esta [la historia] se le puede poner alguna objeción cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nación ser mentirosos [...] y si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que fue por culpa del galgo de su autor, antes que por falta del sujeto». Don Quijote mismo considera en el capítulo II, 2 que la inserción de la novela de *El curioso impertinente* es una evidente falta de tino de Benengeli: «No ha sido sabio el autor de mi historia, sino algún ignorante hablador, que a tienta y sin algún discurso se puso a escribirla, salga lo que saliera».

Sancho Panza declara su voluntad de aprender a leer para poder conocer de primera mano sus andanzas y las de su amo en el verdadero libro de su historia. Sería

²⁴ Andrés Trapiello, *Al morir don Quijote*, cit., pág. 95.

²⁵ *Ibíd.*, pág. 197.

²⁶ *Ibíd.*, pág. 293.

²⁷ *Ibíd.*, págs. 306-307. Este ejemplar anotado personalmente por don Quijote adquirirá una presencia e importancia singulares en *El final de Sancho Panza y otras suertes*.

muy posible, según el narrador de la continuación de Trapiello, que Sancho sufriese una desilusión al verse retratado como un personaje simple y grosero y al conocer detalles a buen seguro tan decepcionantes como la participación del cura y el barbero en la máquina de fingimientos orientados en todo caso a lograr por todos los medios que don Quijote regresase a su aldea y recobrase la cordura: «Porque una cosa era la opinión que Cide Hamete podía tener del escudero, otra la que pudiera tener Cervantes y otra bien diferente la que Cide Hamete o Cervantes desvelaban de las que tenía el cura, el barbero y otros muchos del caballero y el escudero».²⁸ Preocupado por esta posibilidad, Sansón intenta disuadir a Sancho de su intención de leer la primera parte de la obra original, pero también para Sancho Panza, que ya conoció por don Quijote de la pulcritud que adornaba a Benengeli como historiador, la alianza entre este y Cervantes es una garantía de la veracidad de la legítima historia de sus aventuras:

No creo, por las informaciones que me adelantó mi señor don Quijote, que el moro Cide Hamete haya hecho otra cosa que dar cuenta puntualísimamente de los acontecimientos de nuestras correrías andantes. Tampoco el señor Cervantes habrá querido contar lo que no era, ya que como soldado que ha sido, no podría no ser un hombre que pusiera la honra suya y ajena por delante de la honra de los demás, pues deshonorando a unos se deshonoraría a sí propio.²⁹

No conforme con la seguridad que para él supone la exactitud con la que Benengeli se atiene a los hechos, y a pesar de la bien intencionada insistencia con la que Sansón le advierte de que puede leer en la historia que se le atribuyen unas cuantas sandeces, Sancho admite con total humildad que el historiador pudo ocuparse de él y de su amo con «acentos bien distintos, porque no suena, tañido con el mismo badajo, una campana que un cencerro, y yo soy más bien un cencerro».³⁰ Sin embargo, cuando lee el texto de la primera parte de su historia legítima discrepa con los criterios en virtud de los cuales Benengeli selecciona los hechos que merecen o no constar en ella y se reconoce «abrumado por los recuerdos que aquellas palabras despertaban en él o la memoria de otras gestas que el historiador moro no había considerado dignas de figurar allí y que para él habían sido si no más, sí, al menos, tan significativas como esas otras que allí figuraban».³¹ Un buen ejemplo de omisión cometida por los responsables de la historia original es que en la recreación de Trapiello Sancho Panza da testimonio del secreto que el morisco Ricote le confió en su encuentro, cuando le

²⁸ *Ibíd.*, pág. 268.

²⁹ *Ibíd.*, pág. 274.

³⁰ *Ibíd.*, pág. 279.

³¹ *Ibíd.*, pág. 331.

dijo que había regresado a su pueblo a desenterrar unos tesoros que no pudo llevar consigo a tiempo de su salida como consecuencia de su expulsión:

Pero lo que no se cuenta en la historia, bien porque no se acordara de ello el fantasma de Cide Hamete³² o Cervantes, bien porque Ricote lo llevara tan en secreto que ni el historiador pudo alcanzar aquel tan oculto pensamiento, lo que no se cuenta, digo, y vos no sabéis, es que me confió que había desentrañado todos los tesoros, menos uno, por entrañar el hacerlo algún peligro de ser descubierto, al hallarse metido este en un pozo junto a un camino muy pasajero.³³

También Sansón Carrasco se pregunta por qué no se da cuenta en la segunda parte de la obra original de las «historias curiosas y de mucho entretenimiento» que le sucedieron durante el viaje de regreso a su pueblo tras derrotar a don Quijote en la playa de Barcelona, pero él mismo, en la respuesta que aduce a su propia pregunta, parece justificar como pertinentes los criterios que motivan esta omisión: «¿Te has preguntado, Sancho, por qué ninguna de ellas las recogió en su crónica el historiador, ni Cervantes quiso averiguarlas? Porque no solo han de suceder para que merezcan la gloria de ser recontadas, ni todos tenemos la gracia de saber contarlas ni encontraremos tampoco a muchos que quieran oírlas».³⁴

En clara sintonía con lo que venimos afirmando, Blas Sánchez Dueñas destaca el acierto de Trapiello al construir esta constante interrelación con el texto de Cervantes:

³² Recuérdese que, según ya sabemos (vid. supra, notas 18 y 19), el Benengeli de *Al morir don Quijote* ya estaba muerto a tiempo de que se publicase la segunda parte de la historia original. Sin descartar una intención irónica, la alusión al fantasma de Cide Hamete Benengeli sintoniza con la dimensión mágica de su naturaleza que se fragua en la primera parte del *Quijote*, que en todo caso no está muy en línea con el personaje diseñado por Trapiello, un zapatero que no se ajusta al perfil canónico de un «sabio historiador», ni mucho menos de un «sabio encantador» al uso de los libros de caballerías.

³³ Andrés Trapiello, *Al morir don Quijote*, cit., pág. 382.

³⁴ *Ibid.*, págs. 386-387. Esta declaración de Sansón Carrasco abona la solicitud de aprobación de Benengeli «no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir» que el narrador refiere en el extraordinario –que no imposible– galimatías que resulta ser el primer párrafo del capítulo II, 44 del *Quijote*. Todas estas historias por cuya omisión se pregunta Sansón Carrasco nos llevan al criterio de «selección artística» acuñado por Alan S. Trueblood, al que en otras ocasiones me he referido. Remito a su artículo «Sobre la selección artística en el *Quijote*. “... lo que ha dejado de escribir” (II, 44)», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, núm. X, 1956, págs. 44-50. Del rastreo de algunos ejemplos de este recurso en la literatura caballeresca me he ocupado en *La ficción autorial en el Quijote*, cit., pág. 119, n. 66.

Otro de los méritos constructivos de este texto son los hábiles juegos metaliterarios y las intertextualidades que el libro de Trapiello mantiene con el texto cervantino y con el propio cuerpo narrativo de la novela. El escritor leonés establece un hábil juego entre la realidad y la ficción, entre el personaje cervantino y el personaje trapiellano, mediante un doble uso de éstos. El personaje se siente vivo y real en manos de Trapiello, mientras que se ve retratado en el libro protagonizado por don Quijote y por ellos mismos.³⁵

Aunque suscribe la fiabilidad de su tarea cuando afirma que «lo que cuenta el señor Benengeli está tan atenido a la verdad y a los hechos reales que habría pensado que fue cosa de brujería cómo llegó a conocerlos»,³⁶ el Sancho de Trapiello cuestiona la autoridad con la que el historiador recoge cosas que pudo o no decir, atribuye al desconocimiento de su persona las imprecisiones que comete en su retrato y enmienda la plana con argumentos teológicos a Cide Hamete por la falta de tino que mostró acerca de la bondad de su verdadera condición: «En lo que creo que anduvo equivocado el señor Benengeli fue en decir que no sabía si darme el título de hombre de bien, porque ninguno pobre suele serlo. Y eso lo dijo por pertenecer a la herejía mahometana, ya que no debió oír en la catequesis las bienaventuranzas, porque allí bien claro se dice que de los pobres será el reino de los cielos».³⁷ A diferencia de Sancho, y refiriéndose a la segunda parte de la obra original, que ya ha podido leer, Sansón Carrasco agradece a Cervantes y Benengeli «el quedar para la posteridad mucho mejor pintados de lo que somos, lo cual dice bien de su generoso pulso para idealizar las líneas de nuestro retrato»,³⁸ pero a tiempo de que Sancho muestre interés por leerla, al igual que hizo con la primera, le advierte de nuevo de que su lectura puede hacerle daño.

4. Cide Hamete Benengeli reivindicado: la dialéctica Cervantes/Avellaneda

Junto al papel de Cervantes y su traductor –que en el texto consta como «el trujimán de Cide Hamete»–, Sansón Carrasco reivindica la historia del «verdadero Cide Hamete» en cuya segunda parte, cuando se publique, se dejará constancia verdadera de sus hechos, que se contarán «no como lo ha hecho el historiador apócrifo que se

³⁵ Blas Sánchez Dueñas, «Andres Trapiello, El *Quijote* y las vidas después de la muerte de Alonso Quijano», *Lectura y signo*, núm. 7, 2012, págs. 301-323.

³⁶ *Ibíd.*, pág. 333.

³⁷ *Ibíd.*, pág. 332.

³⁸ *Ibíd.*, pág. 349.

dice de Tordesillas». ³⁹ Este es el primer fragmento de los muchos que en *Al morir don Quijote* se dedican a la dialéctica Cervantes/Avellaneda. Con un ánimo parecido, y en perfecta sintonía con el final de *Quijote II*, 74, el cura insta al escribano señor De Mal, tras el entierro de don Quijote, a que

dé fe por escrito de que Alonso Quijano el Bueno, llamado comúnmente don Quijote de la Mancha, ha pasado de esta vida presente a otra mejor y que queda muerto de muerte natural, estorbando con este testimonio, firmado por los testigos, que nadie le resucite falsamente y vuelva a imprimir inacabables historias de sus hazañas, así se llame el historiador como quisieran llamarlo todos los demonios. ⁴⁰

En idéntico sentido se manifiesta el que parece ser el verdadero don Quijote según el testimonio de un tal don Santiago de Mansilla, bajo cuya falsa identidad se oculta el mismísimo Ginés de Pasamonte, ⁴¹ que dice haberlo conocido en La Almunia de doña Godina según venía de Zaragoza y haber oído de sus propios labios la profesión de su verdadera identidad avalado por la autoridad de Benengeli frente al falso don Quijote urdido por Avellaneda:

De modo que si el don Quijote que decís conocer, lo conocisteis en el libro de Miguel de Cervantes, que lo tradujo del verdadero historiador de nuestras aventuras, el moro Cide Hamete, entonces aquí lo tenéis en vuestra presencia. En el caso de que lo hayáis conocido en uno de un tal Avellaneda, que Dios confunda, o en cualquier otro [...], os diré que de mí no sabéis absolutamente nada. ⁴²

³⁹ *Ibíd.*, pág. 82.

⁴⁰ *Ibíd.*, pág. 87.

⁴¹ Recordemos que en *Al morir don Quijote* el falso don Santiago de Mansilla ya había dado cuenta de su perversidad al casarse con Aldonza Lorenzo para vivir a costa del buen nombre de don Quijote y luego abandonarla. La reaparición de Ginés de Pasamonte, preso tras haberse destapado de nuevo su nueva falsa identidad como prior del Cabildo de la catedral de Cartagena de Indias, será fundamental en *El final de Sancho Panza y otras suertes*, en donde sabremos que fue él mismo quien, bajo la igualmente falsa identidad de Avellaneda, escribió el apócrifo: «... al verme motejado de parapillas y otras lindezas en la primera parte de vuestra historia, tracé yo felicísima invención. Y fue convencer a dos amigos míos de vestirse de don Quijote y Sancho, para descrédito de los verdaderos. Se ganaron la vida muy bien de aquella guisa y más cuando yo, con el nombre de Avellaneda, di a la imprenta su historia, que los hizo famosos» (Andrés Trapiello, *El final de Sancho Panza y otras suertes*, cit., págs. 319-320).

⁴² Andrés Trapiello, *Al morir don Quijote*, cit., pág. 200.

La seguridad con la que este don Quijote reclama ante Mansilla la legitimidad de su filiación frente a la apropiación de Avellaneda invocando la alianza entre Cervantes y Benengeli no puede ser más rotunda:

Y me dijo, en efecto, que ese don Quijote mendaz que iba por el mundo usurpando su nombre era el mismo que había historiado el tal autor tarragonino. Pero que él era el único y verdadero don Quijote de la Mancha de quien habló Cide Hamete Benengeli y que dio a conocer el señor Cervantes en volumen ya famoso, como habría de serlo la segunda y verdadera historia de sus hazañas, cuando se publicara.⁴³

Ante una declaración así, a Sansón no le cabe sino entender que la imitación de sus amigos, los verdaderos protagonistas de la legítima historia, se ha convertido en una actividad lúdica emprendida por un número indeterminado de imitadores que recorren con intención burlesca las tierras de España. El caso es que ese don Quijote cuya existencia declara el falso Mansilla conoce detalles tan singulares y reservados como el gobierno de Sancho, y esta circunstancia, unida a otras que motivan la preocupación y el malestar de Sansón, le lleva a asegurarle a don Álvaro Tarfe, que también reaparece en la recreación de Trapiello, que el verdadero don Quijote está muerto y enterrado y a suponer que el hecho de que el falso don Quijote de La Almunia de doña Godina esté en condiciones de referirse a aventuras en efecto emprendidas por los verdaderos protagonistas de la legítima historia es el resultado de que su segunda parte, en evidente alusión al *Quijote* de 1615, ya ha sido publicada. En razón de esta conjetura, Sansón invita a don Álvaro a asegurarle que este verá a aquel en esta segunda parte como vencedor de don Quijote en las playas de Barcelona⁴⁴ y por si fuera poco anuncia la escritura de una «tercera parte, que yo mismo he de escribir, haciendo la crónica de todos estos sucesos algún día, porque nadie tiene la última palabra de nada ni pueden dos hombres mirar las cosas de la misma manera».⁴⁵

⁴³ *Ibíd.*, pág. 209.

⁴⁴ Sancho Panza también remite en su momento a esa segunda parte de la verdadera historia cuyos cronistas recogerán con especial atención aventuras tan destacadas como la de la cueva de Montesinos: «Aún está por aparecer la crónica verdadera de la última salida que hicimos [...], pero saliendo a la luz, no me cabe la menor duda de que a ese episodio le dedicarán allí los historiadores más de un capítulo, por lo jugoso que fue [...] Cuando salga a la luz el libro, ya se verá» (*Ibíd.*, págs. 320-321).

⁴⁵ *Ibíd.*, pág. 223. En efecto, en el último capítulo de *El final de Sancho Panza y otras suertes*, María, la hija de Sansón Carrasco, encuentra tras la muerte de su padre entre sus papeles unas *Vidas de don Quijote y Sancho*: «Se contaba en ese libro la vida de don Quijote ya desde antes de dar en caballero andante, y acababa con la muerte y enterramiento de Sancho» (pág. 427), dando cuenta además de las vidas de los demás personajes que definen el universo literario cervantino que Trapiello recrea con detalle. De este mismo juego metaliterario de lograda urdimbre intertextual forma parte también

En *Al morir don Quijote* también Álvaro Tarfe, el personaje de Avellaneda a su vez recreado por Cervantes en el *Quijote* de 1615, contribuye a la confirmación de la identidad de los verdaderos protagonistas de la obra de Benengeli y Cervantes. Así, don Álvaro dice haber conocido a los falsos don Quijote y Sancho Panza, a cuya conducta extrema y desquiciada se refiere con evidente desapego («don Quijote uno de los hombres más descomunales que conocí y su escudero uno de los más glotones y dignos de lástima entre los de su género»⁴⁶) y a quien dejó recluido en la casa del Nuncio de Toledo «donde se mejorara y procurase su cura, y se le pasase esa porfía de creerse don Quijote de la Mancha, del que, sin duda, también había sabido leyendo el libro de Cervantes, del que yo entonces, por cierto, no tenía noticia»⁴⁷. También por don Álvaro Tarfe sabemos que, tiempo después, un personaje no identificado contó las aventuras de este falso don Quijote a un amigo suyo, «gran enemigo de Cide Hamete, de toda la nación morisca y de Cervantes [...] Este enemigo, que dio en llamarse Alonso Fernández de Avellaneda, envidioso de la fama y dineros que con la primera parte había logrado Cervantes, hizo cuento con una segunda historia, y presentó como verdadero lo que era falso».⁴⁸ Según él mismo sigue contando, Álvaro Tarfe acaba conociendo en un mesón a «los genuinos, los destilados de la verdadera cepa, los inconfundibles don Quijote y Sancho»,⁴⁹ cuya verdadera identidad frente a los falsos personajes creados por Avellaneda certifica ante el alcalde de lugar, quien a su vez «así lo proveyó jurídicamente».⁵⁰ Es más que evidente la relación y la coherencia, literal en algún detalle, con el capítulo del *Quijote* de 1615 en el que don Álvaro conoce y reconoce a los verdaderos don Quijote y Sancho Panza y da fe pública ante el alcalde del lugar de su verdadera identidad frente a la usurpación del apócrifo:

Llegose en esto la hora de comer; comieron juntos don Quijote y don Álvaro. Entró acaso el alcalde del pueblo en el mesón, con un escribano, ante el cual alcalde pidió don Quijote, por una petición, de que a su derecho convenía de que don Álvaro Tarfe, aquel caballero que allí estaba presente, declarase ante su merced como no conocía a don Quijote de la Mancha, que asimismo estaba allí presente, y que no era aquel que andaba impreso

la frecuente alusión en *El final de Sancho Panza...* a otro libro, publicado en Cadalso de los Vidrios y firmado por un tal licenciado Medina, identificado por algunos como el mismo Sansón Carrasco, cuyo contenido coincide precisamente con el de *Al morir don Quijote*, nueva muestra de la unidad que definen las dos recreaciones publicadas por Trapiello.

⁴⁶ *Ibíd.*, pág. 202.

⁴⁷ *Ibíd.*

⁴⁸ *Ibíd.*, págs. 202-203.

⁴⁹ *Ibíd.*, pág. 204.

⁵⁰ *Ibíd.*, pág. 205.

en una historia intitulada: *Segunda parte de don Quijote de la Mancha*, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas. Finalmente, el alcalde proveyó jurídicamente; la declaración se hizo con todas las fuerzas que en tales casos debían hacerse; con lo que quedaron don Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaración y no mostrara claro la diferencia de los dos don Quijotes y la de los dos Sanchos sus obras y sus palabras.⁵¹

Al morir don Quijote, en fin, es una continuación ortodoxa cuyo tejido intertextual sintoniza con el *Quijote* cervantino y algunas de sus recreaciones anteriores al ampliar la información que nos ofrece el original tanto sobre los personajes como sobre las circunstancias de la elaboración y la transmisión de la historia.

Los personajes son conscientes de pertenecer a una historia concreta escrita por un autor concreto, Cide Hamete Benengeli, responsable junto con el mismo Cervantes de su construcción y su difusión, cuya pericia como historiador algunas veces ensalzan y otras ponen en duda, reelaborando el juego que en el mismo sentido ya había construido magistralmente Cervantes en el texto de la novela original, y muy especialmente en su segunda parte. Por otra parte, y al igual que en *Quijote* de 1615, en la recreación de Trapiello la autoría de Benengeli es una garantía de la única historia verdadera frente a la intromisión de Avellaneda. A este fin contribuye también la significativa presencia de Álvaro Tarfe, creado por el apócrifo, vindictivamente recreado por Cervantes en la segunda parte del *Quijote* y nuevamente recreado por Trapiello al servicio de la legitimidad de la historia y de la identidad de sus auténticos protagonistas.

En este ejercicio no falta la estudiada coincidencia de algunos fragmentos de *Al morir don Quijote* con otros del *Quijote* de 1615, cuya existencia, que en principio supone para los protagonistas un horizonte o una expectativa, representa para ellos en su momento la certeza de su existencia misma y la constatación de su verdadera identidad y, sobre todo, la del verdadero don Quijote, que da sentido a sus pasos y orienta sus aventuras: una historia verdadera, un historiador verdadero y un protagonista verdadero que apuntalan, por la vía del juego metaliterario, los límites imposibles de la verdad imposible que alumbró la ficción cervantina, sometida a la luz inextinguible de sus recreaciones.⁵²

⁵¹ *Quijote*, II, 72.

⁵² El presente trabajo se adscribe al grupo de investigación «Recepción e interpretación del Quijote (1605-1830). Traducciones, opiniones, recreaciones» (FFI2014-56414-P) del Ministerio de Economía y Competitividad (Programa Estatal de Fomento de la Investigación Científica y Técnica de Excelencia), dirigido por el Dr. Emilio Martínez Mata, de la Universidad de Oviedo.

Bibliografía

Abaurre y Mesa, José, *Historia de varios sucesos ocurridos en la aldea después de la muerte del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Madrid, sucesores de Rivadeneyra, 1901.

Bonilla Cerezo, Rafael, «Don Quijote en el país de los Nibelungos (1700-1800)», *Criticón*, núm. 113, 2011, págs. 153-166.

Borrás, Tomás, *Anti-Quijote*, Madrid, suplemento literario de la revista *Vértice*, septiembre de 1940.

Cervantes Saavedra, Miguel de, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. de Martín de Riquer, Barcelona, Planeta, 1980.

Chapman, Robin, *El diario de la duquesa*, Barcelona, Edhasa, 2005

----- *Sancho's Golden Age: a Sequel to Don Quixote's History*, Oxford, Aris & Phillips, 2004.

----- *Pasamonte's Life*, Oxford, Aris & Phillips, 2005.

Delgado, Jacinto María, *Adiciones a la historia del Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha, en que se prosiguen los sucesos ocurridos a su escudero el famoso Sancho Panza, escritas en arábigo por Cide Hamete Benengeli, y traducidas al castellano con las memorias de la vida de este por D...*, Madrid, en la imprenta de Blas Román, 1786.

Gatell, Pedro, *Historia del más famoso escudero Sancho Panza, desde la gloriosa muerte de don Quixote de la Mancha hasta el último día y postrera hora de su vida*, primera parte en Madrid, Imprenta Real, 1703 y segunda parte en Madrid, imprenta de Villalpando, 1798.

López Navia, Santiago, *La ficción autorial en el Quijote y en sus continuaciones e imitaciones*, Madrid, Universidad Europea de Madrid-CEES Ediciones, 1996.

----- *Inspiración y pretexto. Estudios sobre las recreaciones del Quijote*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2005.

Pardo García, Javier, «Teoría y práctica de la reescritura filmoliteraria (A propósito de las reescrituras de *The Turn of the Screw*)», en José Antonio Pérez Bowie, *Reescrituras filmicas: nuevos territorios de la adaptación*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2011, págs. 44-102.

Rabener, Gottlieb Wilhelm, *Antons Pansa von Mancha Abhandlungen von Sprüchwörtern, wie solche zu verstehen und zu gebrauchen sind*, Leipzig, im Verlage Johann Gottfried Dycks, 1775.

Rivero Iglesias, Carmen, *La recepción e interpretación del Quijote en la Alemania del siglo XVIII*, Ciudad Real, Ayuntamiento de Argamasilla de Alba (Colección Casasayas nº 1), 2010.

Sánchez Dueñas, Blas, «Andrés Trapiello, el *Quijote* y las vidas después de la muerte de Alonso Quijano», *Lectura y signo*, núm. 7, 2012, págs. 301-323.

Trapiello, Andrés, *Las vidas de Miguel de Cervantes*, Barcelona, Ediciones Destino, 1993.

----- *Al morir don Quijote*, Barcelona, Ediciones Destino, 2004

----- *El final de Sancho Panza y otras suertes*, Barcelona, Ediciones Destino, 2014.

Trueblood, Alan S., «Sobre la selección artística en el *Quijote*. “... lo que ha dejado de escribir” (II, 44)», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, núm. X, 1956, págs.. 44-50.

Val, Tomás, entrevista a Andrés Trapiello, *Leer*, año XX, núm. 158, diciembre 2004-enero 2005, págs.. 194-197.